

A NIETZSCHE

Rogelio Saunders

... y es a ti al que tendré que ver por encima del muro que tapia la ventana, saja la luz. (El muro está a dos pasos de la ventana, y mi mano no llega hasta él.) Sabe dios por qué entre todas las voces escogí ésta, pero así es. ¡Zas! Tú sajas la luz, yo tajo la boca del poema, y el cuarto, subiendo y bajando las escaleras de caracol (o los caracoles de la escalera), pasa de una ventana a otra de la alta torre, frente al mar verde. Un viento caliente, como el siroco, que arrastra a las hojas, borró a Tubinga. Por encima del muro mi mano se mueve, como un guante en el extremo de un palillo de golfos (has visto, con tus ojos sin reposo, sin duda el cuadro donde combaten los golfos, suma de tantas miserias. ¡Está allí!). Por lo demás, el cuervo descarado ya no condesciende al lenguaje: entra por su propio pie y toma lo que quiere. ¡Dejemos que hablen! ...

... atroces lavanderas que restriegan las manos de cobre contra el fondo desecado, imposible de describir con la palabra sucio. ¡Y el frío! De pared a pared, de pulmón a pulmón. ¿A quién le hablo? Oh, madre ...

... el ojo, goteando su cruda sustancia amarilla, dijo que aquí no vendrían a buscarte jamás, como si mil, no, un millón de ojos pudieran borrar la mirada, el peso infinito del cielo estrellado sobre el diminuto pedazo de queso derretido llamado encéfalo. ¡Y es a ti al que tendré que ver! ...

... el galope de los caballos, la curva de los cuellos y los ojos poseídos por el horror de *no poder mirar...* la imposibilidad, propia de todo lo vivo, de encarar lo sin nombre...

...pero me cansé de caminar, ya que así tampoco conseguía hacer comprender. Ah! eso, el horror. ¡Y el frío! El borroso contorno del jinete, del caminante, el después muerto curvado a un lado del camino, y el polvo en los cuellos alzados. Qué misterio el de la noche y el día. Era el gran tiempo sin hombres...

...sin cesación, pues no hay forma a un lado y otro de la ventana. Las frases se alargan y caen de la boca como un torrente invisible y frío. La mano llena de silencio y ajena al siseo rotundo y cerebral, qué enseñanza. En lo que la borra y en lo que ella borra. Así como las hojas, ajenas a la forma, como la boca a la boca y el ojo al ojo. Ya ni siquiera yo mismo podía comprender, por eso la mano sin eficacia y tú mismo sajando la luz es todo cuanto queda. Tajadas y tajadas de luz. Pero, ¿eso es todo? Espera...

...a quién dar a cuidar esa masa ya desasistida, por un lado, y por otro la evidencia de no poder confiar, ni transmitir. Nada había para confiar, sino surgiendo de la imposibilidad de un límite un resplandor en forma de silencio sin atenuantes (el ojo vivo abierto en el hielo). ¡Ese era el resplandor de Apolo! Así también en lo incomprendible, sin manos ni pies, sin cabeza ni boca...

... Ojos sin reposo... pero, ¿qué pueden decir los ojos?...

...y una risa... tú lo sabes... una risa, un je je progresivo del que el pequeño oído huye como de algo alucinante, que sale a la vez por todos los orificios del pedacito de queso agujereado, y es un Ja Ja incontestable, atronador, sajando toda luz, tajando la boca-poema, ¡JA JA JA JA JA JA...!

...sigue, amigo mío, sigue...

...el verde cambiado en pardo, en arcilla reseca y movedizo arbusto. El voladizo, el cochinesco tejado y las hablillas. Hojas de otoño...

Recogiendo las migajas, dijo que no había explicación. Cuanto más cuanto que no había mejor explicación que su falta de asombro (por imposibilidad). Quizá, es posible que haya dicho, pueda ceder el calor, pero no la epidemia. Y así el pardo de los campos, y el desmigajamiento de los techos.

En cuanto a lo demás no pidamos lo imposible.

Los cuervos impertérritos van y vienen a su antojo, de la torre al mar y del mar a la torre. Exactamente igual que una vez allá en Noruega. El veintitrés de junio...